

El séptimo día

Carlos Saura. España. 106 min. Color. v.o.e.



FICHA TÉCNICA

Título original: *El séptimo día*.

Nacionalidad: España. **Año de producción:** 2004.

Dirección: Carlos Saura.

Guión: Ray Loriga.

Producción: Lola Films, Artedis.

Productor: Andrés Vicente Gómez.

Fotografía: François Lartigue.

Montaje: Julia Juániz.

Ayte. de dirección: Sergio Francisco.

Música: Roque Baños.

Sonido: James Muñoz.

Director artístico: Rafael Palmero.

Vestuario: María José Iglesias.

Intérpretes: Juan Diego, José Luis Gómez, José García, Victoria Abril, Eulalia Ramón, Ramón Fontseré, Carlos Hipólito, Yohana Cobo, Oriol Vila, Irene Escolar, Alejandra Lozano, Ana Wagener, Elia Galera.

Duración: 106 min. **Versión:** v.o.e. Color.

SINOPSIS

Dos familias llevan años disputando por las lindes de sus propiedades, situadas en un pueblo del interior peninsular español. Las rencillas llevan derramada mucha sangre cuando Isabel, la adolescente primogénita de una de las dos familias, intenta averiguar el verdadero origen del atroz enfrentamiento. Ayudada por Chino, su primer novio, Isabel descubre que todo se debe a un antiguo amor no correspondido, cuyo recuerdo todavía late en las venas de Luciana. Y Luciana no sólo no está dispuesta a olvidar, exige de sus hermanos la venganza que, como mujer, no puede llevar a cabo con sus propias manos. Una venganza que pagará el pueblo entero con su sangre.

COMENTARIO

Resulta sorprendente que casi treinta años después de la muerte de Franco, y cuando en estos tres últimos lustros han surgido tantos y tan variados realizadores en el cine español, tenga que ser un veterano como Carlos Saura, quien haya llevado a cabo una de las más lúcidas digresiones, si no la más lúcida, sobre la España contemporánea. Una película como *El séptimo día*, acaso imperfecta pero resuelta con un sentido y una intención críticos tan raros de ver actualmente en nuestra cinematografía, sólo puede ser obra de alguien que ha vivido y rodado en la España anterior a 1975. Y esa carga profesional, y sobre todo vital, pesa favorablemente en los resultados.

No voy a comentar la fidelidad al terrible hecho real (la matanza de Puerto Hurraco) que ha inspirado el argumento del film, ni la repugnante manipulación política que creó una estúpida controversia alrededor de su rodaje. Tampoco negaré las virtudes del trabajo de Ray Loriga como firmante de un guión directo y conciso, que se centra en los hechos sin hacer innecesarias disquisiciones sobre las motivaciones de los mismos, pues lo más atractivo de *El séptimo día* reside en la manera cómo Saura se acerca a un relato con marcados aires de tragedia y de qué forma lo reconduce hacia sus obsesiones habituales. Desde este punto de vista, resulta una tarea relativamente fácil conectar *El séptimo día* con sus películas anteriores: una histo-



ria de venganza que concluye con una catarsis violenta a modo de metáfora de la España profunda (como en *La caza*), aderezada con apuntes sobre la atracción fetichista que ejercen las armas de fuego (más conseguidos aquí que en *¡Dispara!*) y en la que no falta el uso diegético de las canciones (las que canta Emilio, para aislarse del entorno que le rodea; la copla “Rocío”, de León y Quiroga, que entona la demente Luciana, ya utilizada en *La prima Angélica*; la rumba de Mecano “Una rosa es una rosa” que las niñas bailan en su dormitorio, lo mismo que hacían las de Cría cuervos con la popular canción interpretada por Jeannette).

Pero, más allá de que todo esto sea “muy Saura”, lo interesante de *El séptimo día* reside en comprobar de qué manera el realizador aragonés desarrolla ese estilo propio (esa poética personal), y lo hace funcionar en el conjunto de un relato que, a pesar de su violencia y su crueldad, rehuye el efectismo y esquiva la lágrima fácil sin por ello resultar menos impactante y conmovedor. A despecho de quienes vayan a ver la película esperando encontrar en ella una “explicación racional” para lo sucedido en Puerto Hurraco (suponiendo que exista alguna), Saura ofrece a cambio un relato apoyado en la sugerencia y en lo atmosférico, que se beneficia de la perspectiva indirecta bajo la que está desarrollado. Lejos de pretender

reproducir documentalmente el crimen real, el film está construido desde la narración en pasado (confesión a la cámara, voz en off) de una quinceañera que sobrevivió a la matanza (Isabel: Yohana Cobo), lo cual confiere a la trama una tonalidad a medio camino entre la crónica de sucesos y la evocación subjetiva, y por tanto deformada, sobre los mismos. De este modo, la descripción del odio que la familia Fuentes -los hermanos Antonio (Juan Diego), Emilio (José Luis Gómez), Luciana (Victoria Abril), Jerónimo (Ramón Fontseré) y Ángela (Ana Wagener)- siente hacia los Jiménez -José (José García), su esposa Carmen (Eulalia Ramón) y sus tres hijas: Isabel y sus dos hermanas pequeñas- deviene una narración cargada de ambigüedades: si bien los Fuentes son una familia marcada por la violencia y la locura, no es menos cierto que sobre los aparentemente bondadosos Jiménez (y sobre los demás habitantes del pueblo) recae la sospecha de haber provocado el incendio que acabó con la madre de los primeros y profanado su tumba familiar con una agresiva pintada (“Asesinos”). No hay aquí buenos ni malos, sino personajes prisioneros de sus circunstancias.

Los títulos de crédito iniciales van acompañados de imágenes fijas en blanco y negro del entorno rural y detalles del mismo como paredes o muros: viejos pai-

sajes, antiguos y descoloridos, tan inamovibles e inconvertibles como el odio de los Fuentes o la resistencia de José Jiménez a abandonar su patria chica e irse de la ciudad. Es por ello que, pese desaprovechar algunos fragmentos con posibilidades (Isabel inspeccionando las ruinas de la antigua casa de los Fuentes) o incurrir en determinadas convenciones para describir los sentimientos más turbios de los personajes (esa bombilla parpadeante que expresa los ataques de demencia de Jerónimo en su celda o los de sus hermanos en su propia casa; el traje de novia de Luciana, detalle buñueliano que hace pensar en *Viridiana*), sus excelentes intérpretes, contenido tono dramático y solidez narrativa acaban erigiendo *El séptimo día* en la mejor película de ficción de Saura desde ¡Ay, Carmela!. No hay más que ver con qué elegancia resuelve, mediante hábiles elipsis, la historia de amor adolescente de Isabel y Chino (Oriol Vila); el peso que tienen los personajes secundarios de cara a la consecución de ese mismo tono (el enano que canta ópera, el tonto del pueblo -Carlos Hipólito-, el dueño del bar y su esposa infiel, las vecinas que conversan en la plaza, los guardias civiles); o la ejemplar resolución de la matanza final, destacable porque no rompe el tono de la propuesta (ni siquiera en sus momentos escabrosos: ese disparo que atraviesa un cochecito de bebé, que hace pensar en Eisenstein), y sobre todo por su sarcástico apunte sobre nuestra realidad: los habitantes del pueblo son masacrados mientras por televisión se emiten los Juegos Olímpicos de Barcelona, paradigma de esa falsa España que algunos quisieron (y siguen intentando) vendernos como “la del cambio”.

Extracto. Tomás Fernández Valentí en *Dirigido por* Nº 334, mayo 2004



Junta de Andalucía

Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico

AGENCIA ANDALUZA DE INSTITUCIONES CULTURALES

TEATRO CÁNOVAS

www.filmotecadeandalucia.es

informacion.filmoteca.ccul@juntadeandalucia.es
C/ Carmen Olmedo Checa. S/N. 14009 Córdoba
Tel. 957 002 225